



Hacia algo más de 12 horas que habíamos aterrizado en Oporto cuando desayunando, todas aquellas risas de la noche anterior se tornaron en hipótesis, previsiones y posibilidades.

El submarino duerme bajo el azul, azotado y protegido de los más temerosos por la nula calidad de visión, desafiantes corrientes y temperaturas menos que agradables, quizá motivo este último por el cual el auténtico acero inoxidable alemán resplandecía todavía sobre los restos de periscopio al

cercano paso de nuestros equipos de iluminación.

Cuelgan trajes y jackets, debajo plomos y aletas pero los documentos, piezas de repuesto y alguna herramienta desordenan una mesa desde la que Rui Caravelas cesa su descanso con rotulador azul en mano y sobre una pizarra en blanco insinúa la silueta de un submarino alemán hundido al finalizar la II guerra mundial.

Briefing, botellas, presiones, datos, consejos... a la barca.

Gps, sonda, la profesionalidad y experiencia de Rui Alexandre... el Atlántico revuelve nuestras entrañas mientras el ancla recorre los 30 metros que nos separan de 62 años de historia.

A un palmo de mi máscara el cabo se tiñe de marrón metro a metro, hasta que toco fondo. Tras 15 segundos preguntándome donde estoy un destello me tranquiliza, el flash de José Ángel Ribas obliga al submarino a posar para él.

Celebro que una incómoda corriente ha arrastrado parte la suspensión y de repente, ante mi asombro y contenida emoción una enorme sombra me hace contener la respiración, asciendo y vuelvo a respirar, me estabilizo, enciendo los focos, la cámara y ahora buceo.

La cinta está tomando constancia de mi particular pasión cuando el grupo de buceadores se une y sigo las aletas de Eusebio, nadamos entre miles de fanecas, saludamos a centollos, congrios, bogavantes y a una veintena de gambas que disfrutan del silencio de los tubos lanzatorpedos.

Han sido necesarios 30 minutos justos y exactos para recorrer el submarino y sus escotillas, tubos, escalera y periscopio, fotografiar, filmar, palpar, observar, deleitar, imaginar, soñar... sentir.

Ascenso y parada de seguridad, Diego quiere subir el último, los golpes de las olas nos devuelven a la vida real, estamos muy contentos, el Atlántico nos ha tratado bien, lo agradecemos, no nos lo ha puesto fácil, le respetamos, he presentado mis honores al U-1277, lo anoto en mi lista de satisfacciones.

Comemos y cenamos con una gente estupenda, la austeridad del centro es totalmente desproporcional a sus amos, colaboradores y amigos, nos sentimos en familia, reímos, charlamos, intercambio de experiencias, José Ángel está genial, es como una segunda etapa en flujo continuo pero con palabras, Eusebio y Diego se lo pasan muy bien, muy bien, con extrema educación se divierten tanto como pueden, prefiero quedarme en un plano más discreto y absorber cuantas más sensaciones puede resistir.

Ni durante los paseos por la ribeira de Oporto, ni durante las sesiones de "das marteladas do St. Joao"* , ni en los muchos tragos de uno de los mejores productos del lugar hubiéramos creído a quien nos explicara lo que nos iba a deparar la siguiente inmersión al U-1277.

Visibilidad de casi 15 metros, corrientes más suaves y temperaturas no tan cálidas como las que nos sorprendió en la jornada anterior, por ello superamos en 3 los minutos de fondo previstos, queríamos más, nadamos más deprisa, más sorpresas, más emoción, mas submarino, más U-1277.

Me despedí del casco del submarino, de sus habitantes y su historia, y durante unas horas el ordenador me recordó que parte de la sangre que corría por mis venas estaba compuesta de las burbujas que el nitrox me había inyectado para formar parte de la historia de cuatro amigos que decidieron viajar a Oporto para saludar al U-1277.